

ron súbitamente las rodillas del negro-filo, cayeron sus brazos, apagáronse sus ojos, exhaló la boca sordo gemido y cayó muerto.

XXXV.

Esta escena, en la que yo esperaba desempeñar un papel, me heló de horror. El vengador de la humanidad contempló con ojos impasibles la lucha de las dos víctimas; cuando ésta terminó, volviéndose hácia los consternados pajes, les dijo:

—Traedme otro tabaco, y se puso á mascarle tranquilamente.

El obi y Rigaud estaban inmóviles, y los negros parecían horrorizados ante el espectáculo que acababa su jefe de proporcionarles.

Faltaba aun asesinar á otro blanco, á mí; me llegaba el turno. Miré al asesino que iba á ser mi verdugo y me inspiró compasión. Sus labios se habían vuelto violáceos, sus dientes rechinaban, el temblor que se apoderó de todos sus miembros apenas le permitía ponerse en pié; sin cesar, y maquinalmente, se llevaba la mano á la frente para secar las manchas de sangre que la salpicaban, y contemplaba con estúpida mirada el cadáver humeante extendido á sus piés; sus ojos desheñajados estaban clavados en su víctima.

Esperaba el momento en que terminaría su compromiso matándome. Mi posición respecto á ese hombre era singularísima; estuvo á pique de matarme para probarme que era blanco, y ahora me iba á asesinar para demostrar que era mulato.

—Vamos, le dijo Biasson, perfectamente; estoy satisfecho de tí. Lanzándome una mirada, añadió: Te dispense de matar al otro, vete. Te declaramos buen hermano nuestro y te nombramos verdugo de nuestro ejército.

Al oír estas palabras del jefe, salió un negro de entre las filas, se inclinó tres veces ante Biasson y dijo en su jerigonza:

—Y yo, mi general?

—Y bien; tú, qué?

—¿No quereis hacer nada por mí, mi general? preguntó el negro. Dais un ascenso al perro blanco que asesina para que le reconozcamos por hermano. ¿No quereis dármele á mí, que soy un buen negro?

Esta inesperada petición dejó á Biasson sin saber qué contestar; inclinóse há-

cia Rigaud, y el jefe de la banda le dijo: —No se le puede complacer; eludid su demanda.

—Que te ascienda quieres? repuso Biasson al buen negro: no me opongo. Qué grado deseas?

—Quisiera ser oficial.

—Oficial! dijo el generalísimo: ¿qué títulos tienes para obtener la charretera?

—Yo incendié la casa de Lagoscette en los primeros días del mes de Agosto; yo degollé á Clement, el plantador, y paseé la cabeza de su mayordomo clavada en una pica; pasé á cuchillo á diez mujeres blancas y á siete niños, por más señas que uno de ellos sirvió de estandarte á los bravos negros de Buckmann. Más tarde hice perecer entre las llamas á cuatro familias de colonos refugiadas en una habitación del fuerte Galifet, que tuve la precaución de cerrar con llave antes de incendiarla. Mi padre fué enroddado en el Cabo y mi hermano ahorcado en Rocrou, y yo estuve á pique de que me fusilaran. He incendiado tres plantaciones de café, seis de añil, doscientos piés de cañas de azúcar; asesiné á mi amo Noé y á su madre, y...

—Suspende tu hoja de servicios, dijo Rigaud interrumpiéndole, cuya fingida mansedumbre ocultaba verdadera crueldad, pero que era feroz con decencia y no podía tolerar el cinismo de la infamia.

—Podría citar otros, repuso el negro con orgullo, pero no lo hago porque creéis sin duda que esos son suficientes para obtener el grado de oficial y para llevar charretera como los ayudantes.

El generalísimo reflexionó un momento, y despues dirigió al negro gravemente estas palabras:

—Tendría verdadera satisfacción de concederte lo que solicitas, pero para eso me falta enterarme de una cosa. ¿Sabes latin?

Abrió el bandido atontado los ojos y preguntó:

—Qué decís, mi general?

—Te pregunto si sabes latin.

—Latin? respondió el negro estupefacto.

—Sí, latin, insistió diciendo el astuto jefe. Y desplegando un estandarte, en el que estaba bordado el versículo del Salmo: *In exitu Israel de Egipto*, añadió: Explícanos lo que significan esas palabras.

El negro, en el colmo de la sorpresa, quedó inmóvil, mudo y estrujando maquinalmente los calzones, mientras que

su extraviada mirada pasaba sucesivamente del general á la bandera y de la bandera al general.

—Vamos, responde, dijo impaciente Biasson.

El negro se rascó la cabeza, abrió y cerró varias veces la boca, y dejó al fin caer de sus labios estas palabras:

—No sé lo que quereis decir, mi general.

El rostro de Biasson se animó de repente, tomando la expresión de la cólera y de la indignación:

—¿Cómo, miserable, quieres ser oficial y no sabes latin!

—Pero mi general... balbuceó el negro, confuso y temblando.

—Cállate, repuso Biasson, cuya cólera aumentaba. No sé cómo es que no mando que te fusilen en el acto, por presumido. ¿No comprendéis, amigo Rigaud, que este majadero quiera ser oficial sin saber latin? Pues bien, ya que no entiendes el lema de esa bandera, yo voy á explicártelo: *In exitu*, todo soldado; *Israel*, que no sabe latin; *de Egipto*, no puede ser oficial. No digo bien, señor cura?

El obi hizo un signo afirmativo: Biasson continuó:

—Ese hermano, al que acabo de nombrar verdugo del ejército, á quien tú envidias, sabe latin.

Volviéndose hácia el verdugo recién nombrado, le preguntó:

—No es verdad que lo sabes? Pruébalé á este zopenco que sabes más latin que él. Qué significa *Dominus vobiscum*?

El desgraciado colono mulato salió de su profundo ensimismamiento al oír aquella estruendosa voz; levantó la cabeza, y aunque perturbado su espíritu por el cobarde asesinato que acababa de cometer, el terror le decidió á la obediencia. Había algo de extraño entre la manera con que aquel hombre trataba de hacer memoria de algun recuerdo de colegio entre sus ideas de espanto y de remordimiento y el tono lúgubre con que pronunció esta infantil explicación:

—*Dominus vobiscum* quiere decir que el Señor sea con vosotros.

—*Et cum spiritu tuo*, añadió con solemnidad el misterioso obi.

—*Amen*, dijo Biasson. Despues, fingiéndose irritado y mezclando entre las palabras algunos latinajos, para vencer á los negros de su ciencia:—Vuelve á tus filas, le dijo al ambicioso negro. *Sursum corda!* No pienses en adelante elevarte al rango de tus jefes, que saben latin, *Oratre fratres*, ó te hago ahorcar. *Bonus, bona, bonum.*

El negro, atónito y aterrado al mismo tiempo, volvió á las filas, bajando vergonzosamente la cabeza, en medio de la rechifla general de sus compañeros, á los que llenaron de indignación pretensiones tan mal fundadas, y que miraban con admiración á su docto generalísimo.

El lado burlesco de esta escena acabó por hacerme formar alta idea de la habilidad de Biasson. El ridículo medio que acababa de emplear con tan buen éxito para desconcertar las ambiciones exigentes en un ejército rebelde, me daba la medida de la estupidez de los negros y al mismo tiempo la de la habilidad de su jefe.

XXXVI.

Llegó la hora del almuerzo de Biasson y presentaron al mariscal de campo de su majestad Católica una gran concha de tortuga, en la que humeaba una especie de olla podrida, bien sazónada con tajadas de tocino, reemplazando al carnero la carne de tortuga y las patatas á los garbanzos. Una gran col flotaba en la superficie de ese puchero. A ambos lados de la concha, que servía á la vez de olla y de plato soperero, había dos copas de corteza de coco, llenas de pasas, de tajadas de sandía, de batatas y de higos, que constituían los postres. Un pan de maiz y un bote de vino completaban el festín. Biasson sacó del bolsillo algunos dientes de ajo y los restregó sobre el pan; despues, sin cuidarse de que quitaran de su presencia el cadáver palpitante aun tendido ante él, se puso á comer, invitando á Rigaud. El apetito de Biasson se parecía al de la hiena.

El obi no participó de la comida: comprendí que, como todos sus iguales, no comía jamás en público, con el objeto de hacer creer á los negros que era de complexion sobrenatural y que vivía sin alimentarse.

Mientras se desayunaba Biasson, mandó á un ayudante que empezase la revista, y las tropas negras empezaron á desfilar en buen orden delante de la gruta. Los rebeldes del Morne-Rouge pasaron los primeros; eran cerca de cuatro mil, divididos en pequeños pelotones cerrados, dirigidos por jefes que, como ya dijimos, llevaban calzones y fajas encarnadas. Esos negros, altos casi todos y robustos, llevaban fusiles, hachas y sables, y muchos de ellos arcos, flechas y dardos; no llevaban bandera, y mar-

ehaban en silencio, con aire consternado.

Al ver desfilar esta horda, Biasson se inclinó al oído de Rigaud y le dijo en francés:

—¿Cuándo querrá Dios que me libre de esos bandidos del Morne-Rouge la artillería de Blanchelande y de Rouvray? Los aborrezco; casi todos son congos. No saben matar más que en los combates; siguen el ejemplo de su imbécil jefe, de su ídolo Bug-Jargal, jóven loco, que le dá por ser generoso y magnánimo. No le conoceis, Rigaud? Pues espero que no le conozcais nunca. Ha caído prisionero de los blancos y ellos me librarán de él, como me han librado de Buckmann.

—A propósito de Buckmann, respondióle Rigaud; ahí pasan los negros cimarrones de Macaya, y veo entre ellos al emisario de Juan Francisco, que os trajo la noticia de la muerte de Buckmann. ¿Sabéis, general, que ese hombre podría destruir el efecto de las profecías del obi acerca del fin de dicho jefe, solo con decir que estuvo detenido media hora en los puestos avanzados, y que me confió la noticia antes de que le hiciérais llamar?

—Diablo! contesto Biasson, teneis razon; es necesario cerrar la boca á ese hombre. Esperad! Y luego, levantando la voz, gritó: Macaya!

El jefe de los negros cimarrones se aproximó, presentando al generalísimo su trabuco en señal de respeto.

—Haced salir de las filas, repuso Biasson, á aquel negro que veo allá abajo, que está allí no debiendo estar.

El negro aludido era el mensajero de Juan Francisco. Presentóle Macaya al mariscal de campo, cuyo rostro tomó al instante la expresion de la cólera que tan bien sabia aparentar.

—Quién eres? le preguntó.

—Mi general, soy un negro.

—Caramba! Ya lo veo; pero ¿cómo te llamas?

—Mi nombre de guerra es Varelan; mi patron entre los bienaventurados es San Sabas, diácono y mártir, cuya fiesta es veinte dias antes de la Natividad de Nuestro Señor.

—¿Por qué te atreves á presentarte en la parada, donde todos van de gala, con ese sable sin vaina, los calzones rotos y los piés llenos de barro?

—Mi general, eso no es culpa mia, respondió el negro. El gran almirante Juan Francisco me encargó que os trajera la

noticia de la muerte del jefe de los cimarrones ingleses, Buckmann, y si llevo el traje desgarrado y los piés sucios de lodo es porque corrí á todo correr por traeros la noticia más pronto; pero me han detenido...

Biasson frunció el entrecejo.

—No se trata de eso, sino de la audacia de asistir á una revista de ese modo. Recomienda tu alma á San Sabas, diácono y mártir, tu patron. Vé y haz que te fusilen.

Entonces adquirí una prueba más del poder moral de Biasson sobre los rebeldes. El infeliz encargado de ir él mismo á hacerse fusilar ni se atrevió á murmurar siquiera: bajó la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, saludó tres veces á su implacable juez, y despues de arrodillarse delante del obi, que gravemente le absolvió, salió de la gruta. Algunos momentos despues, una descarga de mosquetería anunció á Biasson que el negro, obedeciendo sus órdenes, habia dejado de existir.

Libre el jefe ya de toda inquietud, volvióse á Rigaud, resplandeciente de alegría la mirada y con la risa feroz que parecia decirle: "Admirad mi poder!,"

XXXVII.

Entre tanto la revista continuaba: **E**saquel ejército, cuyo desorden presentó á mi vista cuadro tan extraordinario algunas horas antes, me pareció no menos singular puesto sobre las armas. Algunos negros iban completamente desnudos, armados con mazas, con tamahawks (1) y con cachiporras; marchaban al sonido de los cuernos, como los salvajes; algunos batallones de mulatos, equipados á la española ó á la inglesa, bien armados y bien disciplinados, arreglabansu paso al toque del tambor; apiñadas turbas de negros y de negrillos, armados de horquillas y de asadores; viejos inválidos, encorvados por el peso del fusil sin cañon y sin gatillo; griotas con sus vestiduras pintarrajeadas; griotes horrorosos por sus gestos y contorsiones, cantando aires incoherentes acompañados de las guitarras y de los balafos; de todo esto se componia la extraña procesion de la revista, entrecortada de vez en cuando por numerosos destacamentos heterogéneos de grifos, marabuts, sacatras, mamelucos y zambos libres ú hordas nómadas de negros

(1) Cuchillos.

cimarrones, de continente brioso, de brillantes carabinas, que llevaban entre sus filas algunos carretones cargados ó algun cañon cogido á los blancos, que más les servia de trofeo que de arma, y que aullaban con tremenda voz los himnos del Prado Grande y del Ona-Nassé.

Por encima de todas las cabezas ondeaban banderas de todos los colores y divisas blancas, coloradas y tricolores, cubiertas de flores de lis y de gorros encarnados, con estas y otras inscripciones: ¡Mueran los sacerdotes y los aristócratas!—Viva la religion!—¡Libertad, Igualdad!—Viva el rey!—Muera la metrópoli!—Viva España!—Mueran los tiranos! etc. etc. Extraña confusion, que indicaba que todas las fuerzas de los rebeldes no eran más que un cúmulo de medios sin objeto y que en aquel ejército no habia menos desorden en las ideas que en los hombres.

Al pasar por turno por delante de la gruta, inclinaban las hordas la bandera y Biasson la saludaba. Dirigia á cada batallon una reprimenda ó un elogio, y cada frase que pronunciaba, ya fuese adulatora, ya severa, era acogida por los suyos con respeto fantástico ó con una especie de temor supersticioso.

Acabó de pasar por fin aquel torrente de bárbaros, y confieso que la vista de tantos bandidos, que me distrajo al principio, acabó por fatigarme. Empezaba el crepúsculo cuando desfilaron los últimos pelotones, y el sol bañaba ya escasamente con una tinta de cobre rojo las cimas graníticas de las montañas del Oriente.

XXXVIII.

Biasson estaba meditabundo. Despues de terminar la revista y de dar las últimas órdenes, cuando ya todos los rebeldes entraron en las chozas, me dirigió la palabra:

—Jóven, me dijo, tiempo has tenido para juzgar perfectamente mi genio y mi poder. Ya llegó para tí la hora de ir á hacérselo saber á Léogri.

—No dependió de mí que no llegara antes, le respondí con frialdad.

—Tienes razon. Detúvose un instante como para espiar el efecto que produciria en mí lo que iba á decirme, y añadió: —De tí depende el que no llegue esa hora.

—Cómo? exclamé asombrado. ¿Qué quieres decir?

TOMO I.

—Sí, repitió Biasson; puedes salvar la vida si quieres.

Este acceso de clemencia, el primero y acaso el último de la vida del mariscal de campo, me pareció un prodigio. Sorprendido el obi como yo, se levantó de su asiento, en el que conservaba mucho tiempo hacia la actitud estática de los fakires del Indostan. Púsose enfrente del generalísimo y levantó la voz con cólera:

—¿Qué dice el excelentísimo señor mariscal de campo? ¿Olvidais lo que me habeis prometido? Ni vos ni nadie puede disponer de esta vida que me pertenece.

En aquel instante creí volver á recordar al maldito hambrecillo; pero, como las otras veces, no pude saber cómo ni dónde le habia oido.

Levantóse Biasson pausadamente y habló un instante en voz baja con el obi; enseñóle la bandera negra, que yo ya habia observado, y luego el hechicero, moviendo la cabeza de arriba á bajo en señal de adhesion, volvió á sentarse.

—Escucha, me dijo entonces el generalísimo sentándose tambien y sacando del bolsillo otro despacho de Juan Francisco; nuestros asuntos van mal; Buckmann acaba de perecer en un combate. Los blancos han exterminado dos mil negros rebeldes en el distrito de Cul-de-Sac: los colonos continúan fortificándose y erizando las llanuras de posiciones militares. Desperdiciamos la ocasion que se nos presentó de apoderarnos de la ciudad del Cabo y no es fácil que vuelva á presentarse. Por la parte del Este la carretera principal está cortada por un rio, y los blancos, para defender ese paso, han establecido en él una batería sobre pontones, formando en cada margen dos pequeños campamentos. Por el Sur hay una gran carretera que atraviesa el montuoso pais llamado Alto del Cabo, llena de soldados y de artillería; esta posicion está igualmente fortificada por la parte de tierra por una buena empalizada, en la que han trabajado todos los habitantes: por consiguiente el Cabo está al abrigo de nuestras armas. Nuestra emboscada en las gargantas de Doma-Mulatos fué enteramente inútil; á todos esos reveses se une la fiebre amarilla, que diezma el campamento de Juan Francisco. Cree, por lo tanto, el almirante de Francia, y nosotros somos de su opinion, que con vendria entrar en negociaciones con el gobernador Blanchelande y con la Asamblea colonial. Hé aquí la carta que con este motivo dirigimos á la Asamblea; escucha:

“Señores diputados:

“Grandes desgracias han affigido á esta rica é importante colonia; hemos sido envueltos en ellas y nada más podemos decir para justificarnos. Llegará un día en que nos hagais la justicia que merece nuestra posición. Debe comprendernos la amnistía general que el rey Luis XVI ha dado indistintamente para todos. De lo contrario, con el rey de España, que es un buen rey, que nos trata bien y nos prodiga recompensas, continuaremos sirviéndole con celo y con desinterés.

“Vemos en la ley de 28 de Setiembre de 1791 que la Asamblea nacional y el rey os conceden el derecho de fallar definitivamente sobre el estado de las personas que no son libres y sobre el estado político de los hombres de color. Defendemos la Asamblea nacional y los vuestros, revestidos de las formalidades requeridas, hasta derramar la última gota de sangre. Sería también importante que declararais, por medio de un decreto sancionado por el general, que pensais en ocuparos en mejorar la suerte de los esclavos: sabiendo éstos que son objeto de vuestros desvelos, quedarían satisfechos por medio de sus jefes, á los que comunicarais estos trabajos, y el equilibrio roto se restablecería en poco tiempo.

“No confieis, sin embargo, señores representantes, en que consintamos en tomar las armas por la voluntad de las Asambleas revolucionarias: somos vasallos de tres reyes: del de el Congo, señor natural de todos los negros; del de Francia, que representa á nuestros padres, y del de España, que representa á nuestras madres. Esos tres reyes son los descendientes de los que, guiados por estrella milagrosa, fueron á adorar al Hombre-Dios. Si sirviéramos á las Asambleas, seríamos quizás arrastrados á hacer la guerra contra nuestros hermanos, los vasallos de esos tres reyes, á quienes hemos prometido fidelidad.

“Además, nosotros no sabemos lo que significa la voluntad de la nación, supuesto que desde que el mundo es mundo no hemos ejecutado otra voluntad que la de un rey. El príncipe de Francia nos profesa estimación; el de España nos auxilia sin cesar; nos ayudan y les ayudamos; nuestra causa es la de la humanidad: si llegaran á faltarnos esas majestades, poco nos costaría encontrar un rey.

“Estas son las condiciones mediante las que consentiremos en hacer la paz.

“Firmado: JUAN FRANCISCO, general; BIASSON, mariscal de campo; DESPREZ, MANZEAU, TOUNSSAINT, AUBERT, comisionarios AD HOC.” (1).

—Ya ves, añadió Biasson, despues de la lectura de ese documento de la diplomacia negra (cuyo recuerdo quedó grabado palabra por palabra en mi memoria), ya ves que nos presentamos pacíficos. Y ahora te diré lo que quiero de tí. Ni Juan Francisco ni yo nos hemos educado en la escuela de los blancos, en la que se aprende á hablar bien. Sabemos batirnos, pero no sabemos escribir; esto no obstante, queremos que la carta que reciba la Asamblea esté redactada de modo que no escite la burla de nuestros antiguos amos. Parece que tú has aprendido la frívola ciencia que nosotros no sabemos; corrige las faltas de este despacho que pudieran hacer reír á los blancos; á ese precio te perdono la vida.

Habia en el empleo de corrector de faltas de la ortografía diplomática de Biasson algo que repugnaba á mi orgullo para que titubease en aceptarlo; además, para qué quería yo la vida?... Rehusé, pues, su oferta.

Biasson quedó sorprendido y admirado.

—Cómo! me dijo; ¿preferes la muerte á corregir algunas palabras en un pedazo de pergamino?

—Sí, le respondí.

Mi resolución le dejó perplejo; despues de meditar un rato, me dijo:

—Escucha bien, jóven loco; yo soy menos obstinado que tú. Te concedo de plazo hasta mañana por la noche para decidirte á obedecerme: mañana, al ponerse el sol, me darás respuesta decisiva. Piénsalo bien; morir aquí no es solo morir.

El sentido de estas últimas palabras, dichas con risa horrible, no era equivoco; los tormentos que Biasson inventaba para sus víctimas acababan de explicarlo.

—Candi, llévate al prisionero, prosiguió Biasson; confía su guarda á los negros del Morne-Rouge; quiero que viva todavía durante una vuelta del sol, y los otros soldados no tendrían paciencia para esperar que pasasen esas veinticuatro horas.

El mulato Candi, que era el jefe de su guardia, hizo que me ataran las manos detrás de la espalda; un soldado cogió el extremo de la cuerda y salimos de la gruta.

(1) Parece que esta carta, ridículamente característica, se mandó á la Asamblea.

XXXIX.

Quando los acontecimientos extraordinarios, las angustias y las catástrofes nos asaltan de repente, mientras gozamos una vida dichosa y deliciosamente uniforme, esas emociones inesperadas, esos golpes de la suerte interrumpen bruscamente el sueño del alma, que dormía en la monotonía de la prosperidad. Sin embargo, cuando la desgracia nos acomete de ese modo, no cree el hombre que se despierta, sino que sigue soñando. Para el que siempre fué dichoso, la desesperación empieza por el estupor. La adversidad imprevisita se parece á la tremielga; (1) sacude, pero entorpece, y la espantosa luz que arroja repentinamente ante nuestros ojos no es la luz del día. Los hombres, las cosas y los hechos pasan entonces por delante de nosotros con fisonomía fantástica y se mueven lo mismo que nuestros sueños. Todo ha cambiado en el horizonte de nuestra vida, atmósfera y perspectiva, pues transcurre mucho tiempo antes que nuestros ojos pierdan esa especie de imagen luminosa de la felicidad pasada que les sigue y que, interponiéndose sin cesar entre ellos y el sombrío presente, cambia el color y dá un no sé qué de falso á la realidad. En este caso todo nos parece imposible y absurdo; apenas damos crédito á nuestra propia existencia, porque no encontramos á nuestro alrededor nada de todo aquello que constituía nuestro sér, no comprendemos cómo todo aquello pudo desaparecer sin arrastrarnos y que de nuestra vida solo quedemos nosotros. Si esta posición violenta del alma se prolonga, destruye el equilibrio del pensamiento y se convierte en locura; estado quizás dichoso, en el que la vida solo es una visión para el infeliz demente y en el que él es el fantasma.

XL.

Ignoro, señores, por qué os expongo estas ideas, cuando apenas se comprenden ni se hacen comprender á los demás sin haberlas experimentado; pero yo las observé en los momentos en que los guardias de Biasson me entregaron á los negros del Morne-Rouge. Me pareció que eran espectros que me entregaban á otros espectros, y sin oponer resistencia me dejé atar por la cintura al tronco de un

(1) Pez luminoso.

árbol. Me trajeron patatas cocidas en agua, que comí por ese instinto maquinal que la bondad de Dios dá al hombre en medio de las preocupaciones del espíritu.

Quando llegó la noche mis guardias se retiraron á sus chozas, y seis de ellos quedaron cerca de mí, sentados ó acostados ante una gran hoguera que encendieron para que les preservara del frío nocturno; al cabo de algunos instantes se durmieron profundamente.

El abatimiento físico que se había apoderado de mí contribuía á producir las vagas abstracciones, en las que deliraban mis pensamientos. Recordaba los días serenos é iguales que pocas semanas antes pasaba aun al lado de María, sin entrever en el porvenir otra probabilidad que la de una felicidad eterna. Comparaba ese tiempo al día que acababa de discurrir, día en el que tantas cosas extrañas se habían desarrollado ante mi vista, como para hacerme dudar de su existencia, y en que estuve tres veces á punto de morir, quedando todavía destinado á la muerte. Reflexionaba sobre mi porvenir presente, que solo se componía de un día, y me ofrecía la certidumbre de la desgracia y de la muerte, dichosamente inmediata. Parecíame que luchaba con una horrible pesadilla. Me preguntaba á mí mismo si todo lo que me sucedía había realmente sucedido, si lo que me rodeaba era el campamento del sanguinario Biasson, si María estaba perdida eternamente para mí, y si era yo, en efecto, este prisionero, vigilado por seis bárbaros, agarrotado y condenado á próxima muerte.

A pesar de los esfuerzos que hacía para librarme de la obsesión de una idea aun más desgarradora, mi corazón recordaba á María. Pensaba con angustia en su suerte, trataba de romper las ligaduras que me sujetaban para volar á su socorro, confiando siempre que este sueño horrible se desvanecería y que Dios no querría llenar de horrores, en los que no me atrevía á fijarme, el destino del ángel que me concedió por esposa. El encadenamiento doloroso de mis ideas me traía á Pierrot ante mí, y entonces la rabia me hacía perder la razón; parecía que las arterias de la frente iban á romperse; yo me odiaba, me maldecía y me despreciaba, por haber unido momentáneamente la amistad de Pierrot al amor de María, y sin tratar de explicarme el motivo que le impulsó á arrojarse á las aguas del río Grande, lloraba despe-

chado por no haberle inmolado á mi furor. Pero él habia muerto, y yo iba ya á morir; lo único que me apenaba era no haber podido satisfacer mi venganza.

Todas esas emociones me agitaban en el intranquilo sueño en que me sumió el abatimiento. No sé cuánto tiempo duró, pero me despertó de él bruscamente el eco de una voz varonil, que cantaba con claridad, pero desde lejos: *Yo, que soy contrabandista*. Temblando abrí los ojos; todo estaba oscuro; los negros dormían, el fuego se apagaba. No oía ya nada; creí que aquella voz sería la ilusión de un sueño, y mis pesados párpados volvieron á cerrarse. Los abrí otra vez de súbito, porque la voz volvió á oírse, y cantaba más cerca y con tristeza la siguiente estrofa:

En los campos de Ocaña
prisionero caí,
me llevan á Cotadilla;
desdichado fui. (1)

Ahora no soñaba: oía con claridad la voz de Pierrot. Un momento despues volvió á sonar en el silencio y en la sombra, y oí por segunda vez, muy cerca de mí, la conocida canción: *Yo, que soy contrabandista*.

Un dogo vino á arrojarse á mis piés con alegría; era Rask. Levanté los ojos y ví ante mí un negro gigantesco, y la luz de la hoguera proyectaba junto al perro su sombra colosal: era Pierrot. La sorpresa y la indignación me dejaron inmóvil y mudo. Dormía yo? ¿Los muertos resucitaban? Aquello no era un sueño, era una aparición. Volví la cabeza con horror. Al ver este movimiento, inclinó él la suya sobre el pecho.

—Hermano, me dijo en voz baja; me prometiste no dudar jamás de mí cuando me oyeses entonar esa canción. Dime, has olvidado tu promesa?

La cólera me volvió el uso de la palabra.

—Mónstruo! grité. ¿Te encuentro al fin! Verdugo, asesino de mi tío, raptor de María, ¿aun te atreves á llamarme hermano? Aparta, no te acerques á mí.

Al decir esto olvidaba que yo estaba atado de tal modo que no podía moverme. Maquinalmente busqué con la vista la espada en el sitio en que debía estar; esta visible intención le hirió, y con acento tierno, pero agitado, me respondió:

—No, no me acercaré. Eres desgraciado y te compadezco, pero tú no me

(1) Estos versos castellanos son de Victor Hugo, y así los inserta el original francés de esta novela.

compadeces, y soy más desgraciado que tú.

Me encogí de hombros; comprendió él este mudo reproche, y mirándome con vaga tristeza, me dijo:

—Sí, tú has perdido mucho, pero créeme, yo he perdido más que tú.

El ruido de nuestras voces despertó á los seis negros que me custodiaban. Al ver un desconocido, levantáronse precipitadamente, empuñando las armas; pero cuando sus miradas se fijaron en Pierrot, lanzaron un grito de sorpresa y de alegría y cayeron al suelo de rodillas.

Pero ni el respeto que los negros tributaban á Pierrot, ni las caricias de Rask, que iba y venía de su amo á mí, alternativamente, mirándome con inquietud, como asombrado de que le acogiese con tanta frialdad, me impresionaban en aquel momento. Me embargaba por completo la emoción de la rabia, que me hacía impotente, por las ligaduras que me sujetaban.

—Oh! exclamé, sin poder contenerme y llorando de furor; qué desdichado soy! ¿Temía que este miserable se hubiese hecho justicia á sí mismo, le creía muerto, y estaba desesperado por no haber podido vengarme! ¿Y ahora vive y viene aquí á escarnecerme y no puedo tener la dicha de clavarle el puñal en el corazón! Oh! ¿quién me librara de estos fatales lazos!...

Pierrot se volvió hácia los negros, que seguían estáticos ante él, y les dijo:

—Compañeros, desatad al prisionero.

XLI.

En seguida le obedecieron. Los seis guardias cortaron las cuerdas que me sujetaban. Me levanté con libertad, pero permanecí inmóvil, como encadenado por el asombro.

—No es eso todo aun, repuso Pierrot; y arrancando el puñal á uno de los negros, me lo presentó, diciéndome:—Puedes cumplir tus propósitos. No te puedo disputar el derecho de disponer de mi vida. Me salvaste tres veces, es tuya, te pertenece; hiere si quieres.

No habia amargura ni reproche en el acento de su voz, pero sí tristeza y resignación.

El inesperado camino abierto á mi venganza por el mismo de quien yo quería vengarme era demasiado fácil, demasiado extraordinario, y comprendí que ni mi odio á Pierrot, ni mi amor á María, eran suficientes para hacerme

cometer un asesinato: además, por convincentes que fueran las apariencias, una voz me gritaba en el fondo del corazón que un culpable, un enemigo no se entrega de ese modo á la venganza y al castigo. Y por qué no lo he de confesar? Había en el prestigio imperioso que rodeaba á ese sér extraordinario algo que me subyugaba, á pesar mio, en aquel instante, y rechacé el puñal que me ofrecía.

—Desgraciado! le dije: quiero darte muerte en desafío, pero no asesinarte. Defiéndete.

—Que me defienda? respondió él asombrado; de quién?

—De mí.

Hizo un gesto de estupor.

—De tí! es en lo único en que no puedo obedecerte. Mira á Rask; puedo ahogarle, pero no podría obligarle á que combatiere conmigo. Si le pidiese semejante cosa no me comprendería, como yo no te comprendo, pues yo soy Rask para tí.

Despues de una pausa añadió:

—Veo el odio en tus ojos, como lo viste un día en los míos. Sé que has sufrido muchas desgracias; tu tío fué asesinado, tus campos incendiados, tus amigos degollados, tus casas saqueadas, devastada tu herencia, pero el autor de esas desgracias no soy yo, fueron los míos.—Escucha; un día te dije que los tuyos me habian hecho mucho daño, y me respondiste que tú no; qué hice yo entonces?

Su rostro se iluminó y esperaba que yo me arrojase en sus brazos, pero yo le miré con aire feroz.

—Recuerdas el daño que me causaron los tuyos, le dije con indignación, pero no me hablas del que me has causado tú.

—Qué daño te hice?

Me acerqué á él violentamente y le pregunté con voz de trueno:

—Y María? Dónde está María?

Al oír este nombre, una nube de tristeza oscureció su frente y quedó perplejo un instante; despues, rompiendo el silencio, dijo:

—María? Sí... tienes razón... pero no estamos solos.

Su turbación, sus palabras *tienes razón* alumbraron un infierno en mi alma; creí que de ese modo eludía contestarme; pero en seguida me miró con aire de nobleza y me dijo con profunda emoción:

—Te ruego que no sospeches de mí. Te lo diré todo, pero en otra parte. Quié-

reme, como yo te quiero, con confianza.

Se detuvo un momento para observar el efecto que hacían en mí esas palabras, y añadió cariñosamente:

—Puedo llamarte hermano?

Mi cólera celosa volvió á adquirir toda su violencia, y sus frases tiernas, que me parecieron hipócritas, me acabaron de exasperar.

—¡Aun te atreves á recordarme aquellos tiempos, miserable ingrato!

Me interrumpió con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Yo no soy ingrato!

—Pues habla, respondí arrebatado. Qué has hecho de María?

—Te lo diré en otra parte; aquí hay muchos oídos que nos escuchan. Además, no me creerías bajo mi palabra y el tiempo apremia. Amanece ya y es preciso que yo te saque de aquí. Escucha: todo ha concluido, supuesto que dudas de mí, y nada ya me importa que me mates de una puñalada; pero espera todavía algunos instantes antes de ejecutar lo que llamas tu venganza; lo primero debe ser procurarte la libertad. Ven conmigo á ver á Biasson.

Este modo de obrar y de hablar ocultaba un misterio que yo no podía comprender. A pesar de las prevenciones que abrigaba contra ese hombre, su voz hacia siempre vibrar una cuerda en el fondo de mi corazón: al escucharle, no sé qué poder sobrenatural me dominaba, dejándome suspenso entre la venganza y la compasión, entre el recelo y la confianza. Le seguí.

XLII.

Salimos del cuartel de los negros del Morne-Rouge; yo estaba asombrado de verme libre en aquel campamento bárbaro, en el que la vispera todos aquellos bandidos parecía que tenían sed de mi sangre. Lejos de detenernos, los negros y los mulatos se prosternaban á nuestro paso, lanzando exclamaciones de sorpresa, de alegría y de respeto. No sabia qué rango ocupaba Pierrot en el ejército de los rebeldes, pero recordaba el imperio que ejercía sobre sus compañeros de esclavitud, y me explicaba fácilmente que gozara gran importancia entre sus compañeros de rebelión.

Cuando llegamos á la línea de los guardias que vigilaban la entrada de la gruta de Biasson, su jefe, el mulato Candi, se llegó á nosotros y nos preguntó desde lejos y amenazándonos por qué